

# Prólogo

LYDIA JIMÉNEZ

*Vicepresidenta de la Fundación Universitaria Española  
Directora del Seminario de Pensamiento  
«Ángel González Álvarez»*

DURANTE LOS AÑOS 1960S Y 1970S, París fue el foco de una extraordinaria transformación intelectual, toda innovación intelectual parecía salir de la capital francesa. Los historiadores parecen haber encontrado una explicación a esta centralidad cultural de París. Más allá del propio liderazgo que la ciudad del Sena ya había tenido en épocas anteriores, en este período le benefició sin duda la ambigüedad estratégica que Francia había adoptado desde la primera posguerra. En 1911 la vida artística y un notable esplendor económico caracterizan la ciudad parisina, aunque el clima político fuese ya tenso; llega a París el pintor ruso, Marc Chagall, que coincide en el barrio de Montparnasse con un espléndido grupo de artistas, Stravinsky, Apollinaire, Picasso, Duchamp.

*París a través de la ventana*, obra favorita del artista, presenta un paisaje muy colorido de la ciudad, en ella pueden apreciarse varios planos: en el primero, la habitación, en el segundo, la ciudad de París y en el último, el cielo. El personaje principal es un hombre de dos

caras, bifronte como Jano, pintado en parejas de colores complementarios; antagonista de sí mismo en muchos sentidos, con un corazón en su mano, representa probablemente la vida de noche y la de día; la bohemia y la soledad; el amor y el desamor. El pintor elige una gama cromática en la que predominan colores vivos y cálidos, destacando el blanco de la torre Eiffel que contrasta con el azul y rojo que le rodean. Se observa la importancia de los colores de la bandera francesa y la rusa que remiten al presente de la vida del artista en Francia y su pasado en Rusia.

El hombre de dos caras, situado en la ventana como si fuese un espectador, tiene ante sí la hermosa ciudad parisina y un cielo luminoso pero, encerrado en sí mismo, no contempla su belleza. Su actitud es una metáfora del estilo de vida que ha triunfado a partir de Mayo del 68: el hombre reducido a sujeto emotivo y utilitario, aspira a la libertad, la justicia, y el amor desde el dintel de la ventana, en actitud psicológica de espaldas a la realidad.

La revuelta estudiantil de Mayo de 1968 triunfó y marcó la historia posterior como pocos otros sucesos lo han hecho. Ha sido mitificada por testimonios y recuerdos, con frecuencia sesgados, pero que no empalidecen aquellos meses de ardor juvenil, de insaciable búsqueda de nuevas experiencias, de lucha contra todo lo heredado. Desde una perspectiva histórica la movilización estudiantil no puede sobrevalorarse ni ridiculizarse como tantas veces se ha hecho a partir de interpretaciones viciadas de origen. Tampoco puede negarse —a pesar de lo efímero de muchas de sus expresiones— su influencia en las pautas de conducta no solo de la juventud, sino también de buena parte de la sociedad, ante las drogas, la sexualidad, los derechos civiles o el sentido de la democracia.

El “68” nace y se mantiene como un movimiento estudiantil, y de

## PRÓLOGO

estudiantes universitarios, no es extraño por ello, que uno de los principales objetivos de los cambios que propugnaba fuera la universidad misma. Los estudiantes llenaron de grafitis las aulas, los pasillos y las calles. La revuelta tenía psicológica y vitalmente la fuerza de lo juvenil. La juventud fue exaltada como el máximo valor gracias a que se eliminaba la muerte del horizonte y, por lo tanto, la madurez, eso que antes era la meta, era suprimida del ideal de vida. Lo ideal ahora era mantenerse siempre joven, siempre exaltado, siempre irresponsable. Ámbitos como la música, el entretenimiento y, de manera particular, la publicidad, se convirtieron en importantes vectores de transmisión de las nuevas ideas. Lo interesante es que todo esto discurrió por un camino aprovechado por la industria para impulsar el consumo. La aparente contradicción de que esta generación idealista incrementará los niveles de consumismo es solo una de las aparentes paradojas del fenómeno; por más que se sintieran idealistas, no eran antimaterialistas, sino que la generación de la protesta alcanzó la mayoría de edad como una generación de súperconsumidores.

El "68" se concibió a sí mismo y fue de hecho un paso más en la historia del intento de hacer real la democracia. Su novedad consistió en que fue llevada a cabo sobre todo por estudiantes universitarios, lo cual explica su fracaso político inmediato y su triunfo cultural y político posterior. Su efecto tuvo más que ver con el cambio de los modos de vida que con la transformación de las estructuras o los modos políticos. Se conserva la estructura formal de la democracia, sustituyendo los criterios morales anteriores por los nuevos. De esta forma, el edificio podría sostenerse, aunque solo fuera conservando la estructura política tradicional como una cáscara vacía, como pura forma.

Los hechos han demostrado que la revolución, como parece que la entendieron y siguen entendiendo algunos de sus protagonistas y se-

guidores, está en la raíz de graves amenazas para la libertad con las que hoy día debemos convivir y a las que deberemos enfrentarnos. Lo más paradójico es que esas amenazas suelen ejercerse desde el poder, político, mediático, o económico, cuyas palancas son manejadas hoy por los herederos de Mayo de 1968.

¿Es posible realizar uno de los objetivos principales de Mayo del 68, a saber, democratizar la universidad, una institución cuya alma había sido siempre aristocrática? Si somos todos totalmente libres e iguales la idea de autoridad desaparece y, con ella, la de educación y magisterio. La democratización universitaria se iguala con la cultura ambiental, la cual es hoy un continuo balance entre las tendencias liberales y las igualitarias. Lo igualitario se percibe a través de una burocratización y control sin precedentes; lo liberal en que la tendencia es a primar el futuro, o sea, el dogma del “avance acelerado e imparable” tecnológico, con fin en la riqueza, que no puede dar respiro a una institución de saber superior. Lo relevante no es formar, sino no quedarse científico-técnicamente atrás, y cumplir con la burocracia.

Como advierte en estas páginas, el maestro Rafael Alvira, existe una profunda relación entre las artes de gobernar y educar, dos ramas del mismo árbol. Una democracia es ingobernable sin un pueblo educado, sin embargo, la universidad democrática prepara, en el mejor de los casos, gente instruida, pero no educada. Es por ello que uno de los retos principales que se presenta hoy a las universidades es el de conseguir seguir siendo unos lugares fascinantes desde el punto de vista intelectual, tanto para sus profesores como para sus alumnos, recuperando el *espíritu de estudio* pues es el que genera tanto la docencia como la investigación, infunde coraje y nos permite otear el futuro.